

sentimientos! ¡y me pedís argumentos! Yo os enseño una tumba. Hé ahí mis argumentos. ¡No tengo otros!

»Primero habian ensayado el veneno: la causa de Arzac lo prueba. El papel que este representó en el asesinato, todos le adivinan. Aquellas proposiciones de envenenamiento, aquella complicidad auxiliar, ¿quién podia tenerlas ó reclamarlas mas que Besson? Toda su actitud despues del asesinato lo prueba. No piensa mas que en sí mismo: enseña sus piés desollados; intenta justificaciones anticipadas; pasea por todas partes sus inquietudes; no tiene entonces esa calma, ese aplomo, de los cuales os han dicho: ¡Es la serenidad de la inocencia!»

El abogado recordó todas las palabras reveladoras que se habian escapado de las conciencias turbadas de Besson y de Maria Bouson; aquel odio que sobrevivió á la muerte, aquella fuga de un testigo importante que esplicaba todas esas revelaciones de actitud, las hallaba de nuevo en las palabras de Mad. de Marcellange, en la proteccion dispensada por ella al acusado, en la entrevista de aquella mujer orgullosa con Arzac, con el andrajoso pastor. La seducción de Arzac era por demás evidente, pues por ella hizo el testigo que le condenasen.

«A los testigos á quienes aquella mujer no podia abrigar la esperanza de seducir, los amenazaba. ¿Será preciso recordar estas palabras singulares que salieron de los labios de Mad. Teodora? *Cuando estemos en Chamblas, ya haremos que anden derechos los testigos que hoy declaran contra Besson; se les blanqueará como blanquearon á M. de Marcellange.*»

¡Se les blanqueará! ¡qué palabra! ¡Vos sereis, señora, quien os pondreis blanca de terror! (Sensacion.)

Todos los servidores, todos los confidentes de la noble casa fueron puestos en movimiento. La seducción, la intimidacion y el soborno se organizaron bajo el patronato de las señoras de Chamblas. Maria Boudon y Juan Maurin, (a) Boudoul, fueron los agentes principales y anduvieron sembrando por todas partes, en nombre de las señoras, las promesas, las amenazas y las dádivas; y aquellas señoras, tranquilizadas por tanto celo, se repitieron en su seguridad estas palabras que oyó Roizon: *Con dinero todo se consigue.*

El antiguo patrimonio de la casa de Chamblas se gastó para corromper á los testigos. Un hombre habia visto al asesino, le habia hablado, casi habia recibido de él la confianza de su espantoso secreto; Mateo Reynaud lo habia visto todo, podia decirlo todo, y hallamos á ese hombre llevando una vida alegre en las tabernas de Puy y esclamando con el vaso en la mano: *¡Bebamos! ¡el dinero de las señoras es el que paga!*

Y las larguezas debieron ir muy lejos. Conoceis la fortuna de la casa de Chamblas, sabeis que sus rentas son mas suficientes para sufragar los gastos mas locos! Pues bien; en el momento en que el tribunal criminal de Puy inauguraba sus trabajos, las señoras de Chamblas tomaban prestados 30,000

francos bajo hipoteca. ¡Y esa antigua posesion de Chamblas, que nunca habia sido deshonrada por la desconfianza del prestamista, que estaba virgen de esa clase de cargas, fue empeñada para saldar la cuenta de los falsos testimonios!

¿Qué proteccion, que interés poderoso impulsa, pues, á las señoras de Chamblas á llevar su afecto hácia Besson hasta la ruina, hasta la deshonra?

Mad. de Chamblas nos decia antes, con ese tono altanero y soberbio que ya conoceis: *Nuestros criados se mantienen siempre en su puesto.* Pero sin duda para Besson prescindian algunas veces de la aristocracia de ese principio. Mucho desearia yo saber si se hallaba en su puesto, cuando con el fresco de la noche, bajo el tembloroso abrigo de los pinos de Chamblas, en la verde soledad de los hosques, el brazo de esas señoras se apoyaba en el suyo con tal abandono, que se alarmó el pudor de una muchacha del campo! Cuando recuerdo esa actitud bondosa y familiar, ese vivo contraste entre las altáneras pretensiones de esas señoras y su modo de proceder; cuando pongo en relacion ese recuerdo con la proteccion audaz concedida al asesino, me pregunto á mí mismo, lleno de terror, si todas esas caricias no tendrian un objeto.

*El presidente:* M. Bac, os ruego recuerdeis que las señoras de Chamblas no tienen aquí defensor.

*M. Bac:* Por eso no quiero ir mas lejos. Todavía no ha llegado la hora de penetrar hasta el fondo de ese misterio espantoso. Todavía no quiero saber qué parte han tenido las señoras de Chamblas en el asesinato. Pero lo que sé es, que una viuda que proteje altamente al asesino de su marido, que procura alterar los testimonios para salvarle, que con ese objeto compromete su fortuna y su honra; que una viuda á la que nada detiene en esa senda abominable, ni la opinion, ni el pudor, ni el respeto que á sí misma se debe; lo que sé es que esa mujer que así desconoce todos los deberes que le imponen su posicion, su título, el nombre que lleva, la moral pública, el bien parecer mas vulgar; lo que sé es, que esa mujer es indigna de toda compasion! ¡Ah! si se descubriesen otros hechos, si nuevas revelaciones llegasen á acusar á Mad. de Marcellange, yo no querria oirlas; sé ya bastante acerca de esa mujer. ¡He visto su intimidad con Besson, la he hallado preparando falsos testimonios, la he oido bajando ella misma hasta ese crimen vergonzoso para salvar al asesino de su marido; nada mas quiero saber! Que se libre, si puede, de la venganza de las leyes; ¡no se librárá de otra venganza mas implacable, mas cruel, que ha comenzado ya! ¡Que halle en su propio corazon la pena que merece! ¡Que tiemble siempre de llegar á ser descubierta! ¡Que el terror sea su compañero! ¡Que la siga la infamia! ¡Que la devore el remordimiento! ¡Y que despues de esa vida de terrores y de baldón, vaya la justicia eterna á sentarse sobre su sepulcro! ¡Hé ahí todo lo que yo quiero; no pido mas pena para las señoras de Chamblas!

¿Se necesitan mas pruebas que esas penas morales? No por cierto; pero á ellas se agregan las materiales. Besson, visto por Claudio Reynaud en el